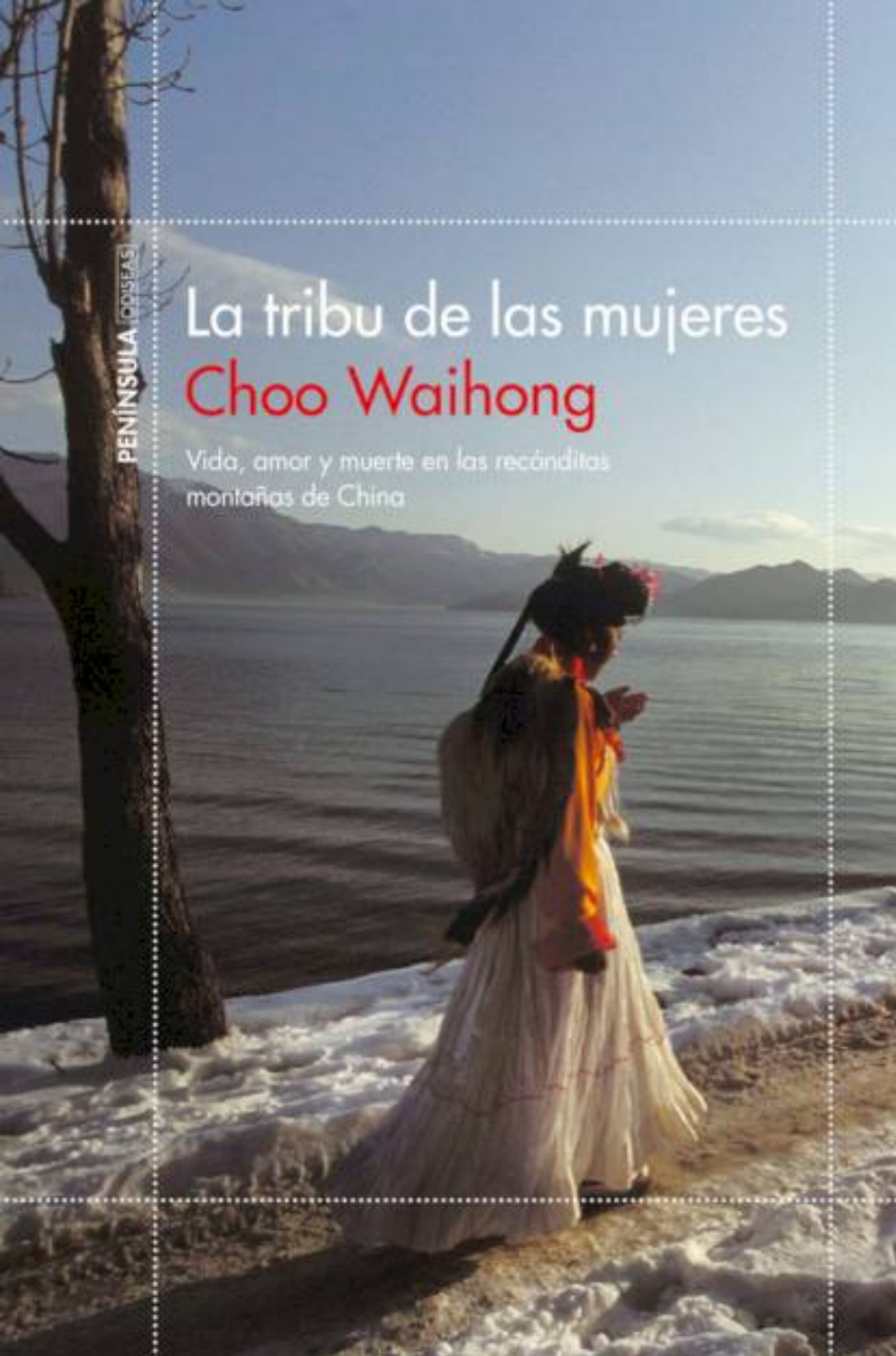


PENÍNSULA [OPUSFAS]

La tribu de las mujeres

Choo Waihong

Vida, amor y muerte en las recónditas
montañas de China



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Introducción

Prólogo

Mapa

1. Llegar al Reino de las Mujeres

2. Construir una casa mosuo

3. Volverme nativa

4. Llegar a conocer a los mosuo

5. Convertirme en madrina

6. Cazar y comer en tiempos pasados

7. Por qué las mujeres mosuo son geniales

8. Los hombres mosuo también son geniales

9. Un matrimonio que no es un matrimonio

10. Los lazos matrilineales que unen

11. La habitación del nacimiento y la muerte

12. Al filo de la extinción

Agradecimientos

Glosario

Láminas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

En las montañas chinas que forman la frontera con el Tíbet hay un lugar en el que las mujeres ostentan la propiedad de las tierras, son cabeza de familia y transmiten los lazos de parentesco. En ese valle no existe el matrimonio, las parejas por lo general no viven juntas y cada mujer es libre de tener tantos amantes como quiera. Sus hijos serán principalmente suyos, de la mujer, y el nacimiento de una niña se celebrará como la oportunidad de continuar con el linaje familiar.

En ese lugar, conocido como «el reino de las mujeres», sus habitantes, los mosuo, no rezan a un dios, sino a una diosa, y tienen un sentido de la familia y de la comunidad que en muchas partes del mundo sería considerado igualitario y progresista. Son una de las últimas sociedades matriarcales y matrilineales del planeta, pero sus costumbres, que han cambiado poco a lo largo de los siglos, se ven ahora amenazadas por la globalización y por la fuerza uniformizadora de la modernidad.

La tribu de las mujeres

Choo Waihong

Vida, amor y muerte en las recónditas
montañas de China

Traducción de Andrea Montero

ediciones península

Para mi queridísima amiga Yvonne Jefferies, abogada de litigio extraordinaria, sin cuya magnífica sugerencia este libro nunca se habría concebido.

Y para una amiga muy especial, la difunta Margaret Allen, periodista y escritora extraordinaria, sin cuyo aliento y ojo crítico este libro nunca habría visto la luz.

INTRODUCCIÓN

La primera vez que puse un pie en el Reino de las Mujeres, no tenía intención de escribir un libro. Había emprendido un viaje para descubrir mis raíces chinas y explorar la vasta tierra de mis antepasados, con sus cinco mil años de tesoros históricos y culturales. El pintoresco lago Lugu, en la frontera de Yunnan con Sichuán, en la China occidental, cuna de la tribu mosuo, era solo una parada más en mi gran recorrido por el país.

Escondida en esta zona remota de China, se hallaba una comunidad tribal renombrada por tratarse de una de las últimas sociedades matrilineales que quedan en el mundo. La tribu mosuo parecía congelada en una época y un lugar que habían desaparecido largo tiempo atrás en el resto del país. El hecho de que, además, fuera matriarcal también me tocaba una fibra sensible. A todo esto: con matrilineal me refiero a que el origen de la descendencia y el parentesco de una familia se remontan puramente por medio de la línea de sangre femenina; con matriarcal me refiero a una sociedad que reconoce a una mujer como la cabeza de familia.

Por aquel entonces no lo sabía, pero los acontecimientos me empujarían a regresar una y otra vez a ese lugar y a su gente, y a poner en marcha un largo viaje no premeditado de una aventura casi inimaginable. Si bien empecé como una turista curiosa, a lo largo de varios años fui pasando a formar parte de la propia comunidad mosuo.

He sido feminista toda mi vida. Crecí en una comunidad sumamente patriarcal de Singapur con el macho prototípico como padre. La feminista naciente que llevaba den-

tro fue agudizándose con el tiempo, al convertirme en abogada societaria en un mundo profundamente dominado por los hombres.

Los amigos mosuo que he hecho en el Reino de las Mujeres me han brindado abundantes biografías, anécdotas, mitos y leyendas que describen un mundo fascinante, muy distinto del que yo conocía.

La cultura mosuo celebra todos los aspectos y etapas de la condición de la mujer y sitúa el indomable espíritu femenino en su centro. Si alguna vez ha existido una utopía feminista, sin duda ha sido el llamado Reino de las Mujeres.

Las lecciones que he aprendido de los mosuo son lecciones para un mundo que a menudo está tan absorto en sostener un sistema patriarcal que justifica la represión de la mitad de la humanidad. Los principios matrilineales y matriarcales por los que se rige la sociedad mosuo pueden inspirarnos para concebir un mundo feliz, mejor y más equitativo para todos nosotros.

Este relato de mi vida con los mosuo, en un lugar que se ha convertido en mi hogar espiritual, es una obra realizada con amor. Solo espero que, con la transición de su gente a los tiempos modernos, ese mundo único y frágil no llegue a ser un vestigio de la historia.

PRÓLOGO

Era una tranquila mañana de domingo. Café en mano, me había instalado incómodamente en mi oficina, desierta y sin aire, para ponerme al día con los e-mails sin contestar de la semana anterior y empezar con el primero de cinco dictámenes jurídicos atrasados.

Tras acabar el último e-mail, estaba tomándome un descanso, asomada a la ventana, desde donde veía la tranquila escena del río Singapur, que discurría más abajo, cuando el teléfono sonó excepcionalmente alto en aquel lugar de trabajo vacío y sin ruido.

—Waihong, ¿qué estás haciendo en la oficina? —exclamó sorprendida al otro lado de la línea una voz con acento norteamericano.

La reconocí de inmediato. Brad era mi cliente favorito, siempre cortés, incluso en los momentos de mayor tensión. Llámame un domingo, sin duda, significaba que también él estaba ajetreado en el trabajo, en su caso, un sábado por la noche en California, quince horas menos que en mi zona horaria.

—¡Esperar tu llamada! —dije con un tono que esperaba que sonase más alegre de lo que me sentía—. ¿Qué pasa?

—Tenemos una pequeña emergencia —respondió el asesor jurídico que dirigía las operaciones asiáticas de la gestora de fondos de inversión más grande del mundo.

«Adiós a ponerme al día el domingo», me dije, al mismo tiempo que cogía el bolígrafo para anotar las últimas instrucciones de mi cliente. Hablamos del problema legal al que se enfrentaba y prometí devolverle la llamada cuando

acabara mi jornada. Pasé el resto de la tarde buscando una solución, por lo que dejé mi trabajo pendiente... bueno, pendiente.

El lunes llegó demasiado rápido y con él la vuelta a la previsible jornada de quince horas, sin interrupción, con reuniones consecutivas, interminables llamadas de clientes y una nueva tanda de trabajo que asignar a mi equipo, formado por cinco abogados. Ese día sería como cualquier otro día de mi carrera legal, en la que tenía décadas de experiencia, siempre trabajando en múltiples zonas horarias. La mañana la dedicaba a clientes de las zonas de Asia, en sincronización con mi propia hora en Singapur. Tras una pausa breve para comer, las horas de la tarde las reservaba para clientes de Luxemburgo y Londres que empezaban la jornada laboral. Después de cenar comida rápida, estaba lista para pasar las últimas horas de la noche con mis clientes del huso norteamericano, desde Nueva York hasta Los Ángeles. Llegaba a casa en torno a la medianoche. La rutina empezaría de nuevo al día siguiente, y de nuevo...

Las jornadas interminables no eran la única pesadilla de mi vida profesional. Como figura principal (en palabras del negocio de gestión de fondos, no mías) en mi campo legal de especialización, tenía la presión añadida de controlarlo todo. Había conferencias a las que asistir, discursos que dar, organizaciones reguladoras a las que presionar e incontables cócteles a los que acudir.

Dirigía a un equipo que ganaba una suma considerable de nuestra facturación y, aun así, me animaban constantemente a incrementar esos beneficios en un treinta por ciento anual. El día no tenía horas suficientes, sin más.

Como socia del bufete de abogados más grande del país, primero, y luego del mundo, tenía que estar al día del politiquero internacional que plagaba todas las grandes corporaciones. Gran parte de esto estaba relacionado con formar parte del club de los chicos y jugar según sus reglas. El caso era que, como mujer, nunca llegué a pertenecer del

todo a aquel grupo. Tampoco me tomé la molestia de comprender las normas que los hombres entendían de manera intuitiva.

Yo expresaba mis opiniones como y cuando tenían sentido para mí. Me guiaban ideas como la imparcialidad, la no discriminación y los derechos fundamentales en el lugar de trabajo, indicadores bastante inútiles en retrospectiva. Era incapaz de ver lo que se requería para ascender a la cima de la jerarquía.

He perdido la cuenta de las veces que dije algo inapropiado en las reuniones de socios. En un momento dado, me opuse a una propuesta para reducir el período de baja maternal de las socias. Gané. Durante el ejercicio anual de contratación, era la voz solitaria que recordaba a los socios varones que basaran sus elecciones en los méritos de las candidatas, como hacían con los candidatos, en lugar de en sus encantos.

Dicho esto, el saldo de mis cuentas estaba saneado. Tenía una casa tan moderna y elegante que apareció en *Prestige*, una revista de tendencias muy chic. De vez en cuando, saltaba a las páginas de sociedad. En mi tiempo libre, me escapaba de fin de semana zumbando en mi Porsche descapotable o en avión a ciudades de moda de todo el mundo. Me permitía el lujo de ir a más restaurantes con tres estrellas Michelin de los que podría contar... o de los que necesitaba.

¿Qué importancia tenía todo eso?, me encontré preguntándome aquella fatídica tarde de domingo en el trabajo. ¿Había merecido la pena? ¿Podía ir a mejor? ¿Llevaba demasiado tiempo en esa profesión tan exigente?

Para una profesional soltera como yo, no había sido un precisamente un paseo. A diferencia de los chicos del club, yo no tenía el apoyo de un cónyuge en casa en el que delegar las cuestiones domésticas de la vida. Nadie cuidaba de la casa y llenaba la nevera para mí. Yo me encargaba so-

la de todos los detalles menores e importantes para jugar a ser la abogada societaria de primerísima categoría en el despiadado mundo de las finanzas modernas.

Ser abogada llenaba mi vida de tal forma que no tenía otra. No tenía vida familiar ni pareja ni hijos, nada que pudiera recordar con una sonrisa.

Si continuaba con la vida que tenía, no cambiaría nada. Por mucho que me esforzase en mirar, sabía que no había luz al final del túnel. Caí en la cuenta mientras contemplaba la puesta de sol sobre el río Singapur en un momento de revelación aquella fatídica tarde de domingo. Estaba convencida de que la vida no mejoraría nada a partir de entonces.

Una vocecilla me susurró en voz baja al oído. Había llegado el momento de pasar página. ¿Hacia dónde? No tenía ni idea. Solo sabía que cualquier cosa era mejor que dar vueltas sin parar en aquella desquiciante rueda de hámster.

En aquel momento raro de inspiración, redacté una carta de dimisión. Era un simple borrador en el que decía que dimitía por motivos personales. Escribirlo fue la parte fácil, entregarlo resultaba algo más difícil. Cuando me paré a pensarlo, me fui echando atrás. ¿Cómo me enfrentaría a los socios con aquella nota? ¿Cómo explicaría lo que de verdad sentía en el fondo de mi corazón?

Al final, escogí la salida fácil. Hice clic en el teclado y se lo envié por e-mail a mi jefe directo antes de apagar las luces de la oficina. Estaba hecho.

Mi jefe tuvo la amabilidad de llamarme casi en el momento. Hablamos durante un rato y, cuando percibió la resolución de mi voz, me brindó lo que resultaría ser un consejo excelente.

—Reescribe la carta. No digas motivos «personales», pues tiene connotaciones negativas. Di motivos familiares. Será mejor recibido.

¿Qué sabía yo? Allí estaba metiendo la pata de nuevo, sin captar los matices que solo comprendían los miembros de aquel club misterioso y exclusivo. Menos mal que iba a dejarlo todo atrás. En cualquier caso, nunca había formado parte de aquello.

Si dijese que aquella noche me fui a mi casa y abrí una botella de champán Churchill del 85, mentiría. Sin embargo, cuando crucé la puerta, sentí una repentina ligereza, como si me hubiesen retirado toda la carga de mi antigua vida. Era libre. Podía pasarme el día siguiente durmiendo y nunca tendría que volver a salir corriendo por aquella puerta. Podía detenerme a almorzar en lugar de desayunar a toda prisa. A partir de entonces, podría hacerlo todos los días. No tenía que organizar cada minuto del día siguiente, y el siguiente. Podía pasar página. Podía pasar el resto de mi vida yendo a donde se me antojara.

Había terminado con mi antigua vida. La dejaba atrás. Me disponía a embarcarme en aventuras fabulosas.

